

## CAPÍTULO 3. CONFESIÓN

Otro elemento en la oración verdadera es la *Confesión*. No quiero que los amigos cristianos piensen que les hablo a los no salvos. Creo que nosotros, como cristianos, tenemos muchos pecados que confesar.

Si ustedes repasan los registros de las Escrituras, hallarán que los hombres que vivieron más cerca de Dios, y tuvieron más poder con Él, fueron aquellos que confesaron sus pecados y fracasos. Daniel, como hemos visto, confesó sus pecados y los de su pueblo. Sin embargo, no hay nada registrado en contra de Daniel.

Él era uno de los mejores hombres que entonces había sobre la faz de la tierra, y sin embargo su confesión de pecado fue de las más profundas y humildes que se hayan registrado. Brooks, refiriéndose a la confesión de Daniel, dice: «En estas palabras ustedes tienen siete circunstancias que Daniel usa al confesar sus pecados y los del pueblo; y todas para realzarlos y agravarlos. Primero, "Hemos pecado"; segundo, "Hemos cometido iniquidad"; tercero, "Hemos hecho impíamente"; cuarto, "Hemos rebelado contra ti"; quinto, "Hemos nos apartado de tus mandamientos"; sexto, "No hemos escuchado a tus siervos"; séptimo, "Ni a nuestros príncipes, ni a todo el pueblo de la tierra". Estas siete agravaciones que Daniel enumera en su confesión son dignas de nuestra más seria consideración».

Job era sin duda un hombre santo, un poderoso príncipe, y sin embargo tuvo que postrarse en el polvo y confesar sus pecados. Así lo hallarán a lo largo de todas las Escrituras. Cuando Isaías vio la pureza y santidad de Dios, se contempló a sí mismo bajo su verdadera luz, y exclamó: «¡Ay de mí! que soy muerto; porque soy hombre inmundo de labios» (Isaías 6:5).

Creo firmemente que la Iglesia de Dios tendrá que confesar sus propios pecados antes de que pueda haber una gran obra de gracia. Debe haber una obra más profunda entre el pueblo creyente de Dios. A veces pienso que es hora de dejar de predicar a los impíos y predicar a aquellos que profesan ser cristianos. Si tuviéramos un nivel más alto de vida en la Iglesia de Dios, habría miles más

acudiendo al Reino. Así fue en el pasado; cuando los hijos creyentes de Dios se apartaban de sus pecados y de sus ídolos, el temor de Dios caía sobre los pueblos de alrededor. Tomen la historia de Israel, y hallarán que cuando apartaron a sus dioses extraños, Dios visitó a la nación, y vino una poderosa obra de gracia.

Lo que necesitamos en estos días es un avivamiento verdadero y profundo en la Iglesia de Dios. Tengo poca simpatía con la idea de que Dios va a alcanzar a las masas mediante una iglesia fría y formal. El juicio de Dios debe comenzar con nosotros. Noten que cuando Daniel obtuvo esa maravillosa respuesta a la oración registrada en el capítulo noveno, estaba confesando su pecado. Ese es uno de los mejores capítulos sobre la oración en toda la Biblia.

Leemos: «Aún estaba hablando y orando, y confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo Israel, y presentando mi súplica delante de Jehová mi Dios por el monte santo de mi Dios; sí, mientras estaba hablando en mi oración, el varón Gabriel, a quien había visto en la visión al principio, volando con presteza, me tocó como a la hora del sacrificio de la tarde. Y me hizo entender, y habló conmigo, diciendo: Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento» (Daniel 9:20-22).

Así también cuando Job confesaba su pecado, Dios hizo volver su cautividad y escuchó su oración. Dios escuchará nuestra oración y hará volver nuestra cautividad cuando tomemos nuestro verdadero lugar delante de Él, y confesemos y abandonemos nuestras transgresiones.

Fue cuando Isaías clamó delante del Señor: «¡Soy muerto!» que vino la bendición; el carbón vivo fue tomado del altar y puesto sobre sus labios; y salió a escribir uno de los libros más maravillosos que el mundo haya visto jamás. ¡Qué bendición ha sido para la iglesia!

Fue cuando David dijo: «¡He pecado!» que Dios trató con misericordia con él. «Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado» (Salmo 32:5). Noten cómo David hizo una confesión muy similar a la del hijo pródigo en el capítulo quince de Lucas: «Porque yo reconozco mis transgresiones, y mi pecado

está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos» (Salmo 51:3-4). No hay diferencia entre el rey y el mendigo cuando el Espíritu de Dios entra en el corazón y convence del pecado.

Ricardo Sibbes dice con gracia sobre la confesión: «Este es el camino para dar gloria a Dios: cuando hemos abierto nuestras almas a Dios, y hemos puesto tanto en contra de nosotros mismos como el diablo podría hacer en ese sentido, porque pensemos en lo que el diablo pondría a nuestro cargo a la hora de la muerte y en el día del juicio. Él pondría duramente a nuestro cargo esto y aquello — acusémonos a nosotros mismos como él lo haría, y como lo hará dentro de poco. Cuanto más nos acusamos y juzgamos a nosotros mismos, y establecemos un tribunal en nuestros corazones, ciertamente seguirá un alivio increíble. Jonás fue echado al mar, y hubo calma en la nave; Acán fue apedreado, y la plaga fue detenida. Fuera con Jonás, fuera con Acán; y seguirá alivio y quietud en el alma de inmediato. La conciencia recibirá un alivio maravilloso.

»Debe ser necesariamente así; porque cuando Dios es honrado, la conciencia es purificada. Dios es honrado por la confesión del pecado en todo sentido. Honra Su omnisciencia, que Él todo lo ve; que Él ve nuestros pecados y escudriña nuestros corazones — nuestros secretos no están ocultos de Él. Honra Su poder. ¿Qué nos hace confesar nuestros pecados, sino que tememos Su poder, no sea que lo ejecute? ¿Y qué nos hace confesar nuestros pecados, sino que sabemos que hay misericordia en Él para que sea temido, y que hay perdón para el pecado? No confesaríamos nuestros pecados de otra manera. Con los hombres es: Confiesa, y serás ejecutado; pero con Dios: Confiesa, y tendrás misericordia. Es Su propia declaración.

»Nunca deberíamos exponer nuestros pecados sino por misericordia. Así se honra a Dios; y cuando Él es honrado, Él honra el alma con paz interior y tranquilidad».

El viejo Thomas Fuller dice: «El reconocer el hombre su debilidad es el único patrón sobre el cual Dios puede injertar la gracia de Su ayuda». La confesión implica humildad, y esto, a los ojos de Dios, es de gran precio.

Un granjero fue con su hijo a un campo de trigo, para ver si estaba listo para la cosecha. «Mira, padre», exclamó el muchacho, «¡cómo estas espigas mantienen erguidas sus cabezas! Deben ser las mejores. Aquellas que cuelgan sus cabezas, estoy seguro de que no pueden ser de mucho provecho». El granjero arrancó una espiga de cada clase y dijo: «Mira aquí, niño necio: esta espiga que se mantuvo tan erguida está vacía, y casi no sirve para nada; mientras que esta que inclinó su cabeza tan modestamente está llena del grano más hermoso».

La franqueza es necesaria y poderosa, tanto con Dios como con el hombre. Necesitamos ser honestos y sinceros con nosotros mismos. Un soldado dijo en una reunión de avivamiento: «Compañeros soldados, no estoy emocionado; estoy convencido — eso es todo. Siento que debería ser cristiano; que debería decirlo, decírselos a ustedes, y pedirles que vengan conmigo; y ahora si hay un llamado para que los pecadores que buscan a Cristo pasen al frente, yo por mi parte iré — no para hacer una exhibición, porque no tengo nada más que pecado para mostrar. No voy porque quiera — preferiría quedarme en mi asiento; pero ir será decir la verdad. Debo ser cristiano, quiero ser cristiano; y pasar al frente para oración es simplemente decir la verdad al respecto». Más de veinte fueron con él.

Hablando de las palabras de Faraón: «Orad a Jehová para que quite las ranas de mí» (Éxodo 8:8), el Sr. Spurgeon dice: «Una falla fatal se manifiesta en esa oración. No contiene confesión de pecado. No dice: "Me he rebelado contra el Señor; ¡orad para que halle perdón!" Nada de eso; ama el pecado tanto como siempre. Una oración sin penitencia es una oración sin aceptación. Si ninguna lágrima ha caído sobre ella, está seca. Debes venir a Dios como pecador por medio de un Salvador, pero por ningún otro camino. El que viene a Dios como el fariseo, con: "Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres", nunca se acerca a Dios en absoluto; pero el que clama: "Dios, sé propicio a mí, pecador", ha venido a Dios por el camino que Dios mismo ha señalado. Debe haber confesión de pecado delante de Dios, o nuestra oración es defectuosa».

Si esta confesión de pecado es profunda entre los creyentes, lo será también entre los impíos. Nunca supe que fallara. Ahora estoy ansioso de que Dios avive Su obra en los corazones de Sus hijos, para que podamos ver la pecaminosidad

excesiva del pecado. Hay muchos padres y madres que están ansiosos por la conversión de sus hijos. He recibido hasta cincuenta mensajes de padres en una sola semana, preguntándose por qué sus hijos no se salvan, y pidiendo oración por ellos. Me atrevo a decir que, como regla general, la culpa yace a nuestra propia puerta. Puede haber algo en nuestra vida que estorba el camino. Puede ser que haya algún pecado secreto que retiene la bendición. David vivió en el horrible pecado en el que cayó durante muchos meses antes de que Natán hiciera su aparición. Oremos a Dios para que entre en nuestros corazones y haga sentir Su poder. Si es un ojo derecho, saquémoslo; si es una mano derecha, cortémosla; para que tengamos poder con Dios y con los hombres.

¿Por qué es que tantos de nuestros hijos están vagando hacia las tabernas, y alejándose hacia la incredulidad — descendiendo a una tumba deshonrada? Parece haber muy poco poder en el cristianismo del tiempo presente. Muchos padres piadosos encuentran que sus hijos se están descarriando. ¿Surge de algún pecado secreto que se aferra al corazón? Hay un pasaje de la Palabra de Dios que se cita a menudo, pero en noventa y nueve casos de cada cien, aquellos que lo citan se detienen en el lugar equivocado. En el capítulo cincuenta y nueve de Isaías leemos: «He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír» (Isaías 59:1). Allí se detienen. Por supuesto que la mano de Dios no se ha acortado, y Su oído no se ha agravado; pero deberíamos leer el versículo siguiente: «Pero vuestras iniquidades han hecho separación entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar su rostro de vosotros, para no oír. Porque vuestras manos están contaminadas de sangre, y vuestros dedos de iniquidad; vuestros labios pronuncian mentira, vuestra lengua habla perversidad» (Isaías 59:2-3). Como dice Mateo Henry: «Se debía a ellos mismos — estaban en su propia luz, cerraron su propia puerta. Dios venía hacia ellos en el camino de la misericordia, y ellos lo estorbaron: "Vuestras iniquidades han retenido de vosotros las cosas buenas"».

Tengan presente que si estamos considerando la iniquidad en nuestros corazones, o viviendo en una mera profesión vacía, no tenemos derecho a esperar que nuestras oraciones sean contestadas. No hay ni una sola promesa para

nosotros. A veces tiemblo cuando oigo a la gente citar promesas y decir que Dios está obligado a cumplir esas promesas con ellos, cuando todo el tiempo hay algo en sus propias vidas que no están dispuestos a abandonar. Es bueno que escudriñemos nuestros corazones y descubramos por qué nuestras oraciones no son contestadas.

Ese es un pasaje muy solemne en Isaías: «Oíd la palabra de Jehová, príncipes de Sodoma; escuchad la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra. ¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? dice Jehová. Harto estoy de holocaustos de carneros y de grosura de animales gordos; no me complazco en la sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos. Cuando venís a presentaros delante de mí, ¿quién demandó esto de vuestras manos, que pisoteaseis mis atrios? No me traigáis más vana ofrenda; el incienso es abominación a mí; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir — son iniquidad, incluso la solemnidad» (Isaías 1:10-13). «¡Incluso la solemnidad!» — piensen en eso. Si Dios no recibe el servicio de nuestros corazones, no aceptará nada de ello; es una abominación para Él.

«Vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas señaladas las aborrece mi alma; me son una carga; estoy cansado de soportarlas. Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis vuestras oraciones, no os oiré, porque vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos, dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, aliviad al oprimido, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Venid luego, y estemos a cuenta, dice Jehová: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como la blanca lana» (Isaías 1:14-18).

Leemos también en Proverbios: «El que aparta su oído para no oír la ley, su oración también es abominación» (Proverbios 28:9). ¡Pensad en eso! Puede sorprender a algunos de nosotros pensar que nuestras oraciones son una abominación para Dios; sin embargo, si alguno vive en pecado conocido, esto es lo que la Palabra de Dios dice acerca de ellos. Si no estamos dispuestos a

apartarnos del pecado y a obedecer la ley de Dios, no tenemos derecho a esperar que Él responda nuestras oraciones. El pecado no confesado es pecado no perdonado, y el pecado no perdonado es la cosa más oscura y vil sobre esta tierra maldita por el pecado.

No podéis encontrar un caso en la Biblia donde un hombre haya sido honesto al tratar con el pecado, y Dios no haya sido honesto con él y no lo haya bendecido. La oración del corazón humilde y contrito es un deleite para Dios. No hay sonido que suba de esta tierra maldita por el pecado tan dulce a Su oído como la oración del hombre que camina en rectitud.

Permitidme llamar la atención sobre aquella oración de David, en la que dice: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame, y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno» (Salmo 139:23-24). Desearía que todos mis lectores memorizaran estos versículos. Si todos hiciéramos honestamente esta oración una vez al día, habría un gran cambio en nuestras vidas. «Examíname a MÍ:» — no a mi prójimo. Es tan fácil orar por otras personas, pero tan difícil llegar a nosotros mismos. Me temo que nosotros, los que estamos ocupados en la obra del Señor, corremos muy a menudo el peligro de descuidar nuestra propia viña. En este Salmo, David llegó a sí mismo. Hay una diferencia entre que Dios me examine a mí y que yo me examine a mí mismo. Yo puedo examinar mi corazón y declarar que está bien; pero cuando Dios me examina como con una lámpara encendida, muchas cosas saldrán a la luz que quizás yo ignoraba por completo.

«Pruébame.» David fue probado cuando cayó por quitar sus ojos del Dios de su padre Abraham. «Conoce mis pensamientos.» Dios mira los pensamientos.

¿Son puros nuestros pensamientos? ¿Tenemos en nuestros corazones pensamientos contra Dios o contra Su pueblo, contra alguien en el mundo? Si los tenemos, no estamos bien ante los ojos de Dios. Oh, ¡que Dios nos examine a cada uno! No conozco mejor oración que podamos hacer que esta oración de David. Una de las cosas más solemnes en la historia de las Escrituras es que cuando hombres santos —mejores hombres que nosotros— fueron probados y

puestos a prueba, se halló que eran tan débiles como el agua cuando estaban lejos de Dios.

Asegurémonos de que estamos bien. Isaac Ambrose, en su obra sobre el *Autoexamen*, tiene las siguientes palabras llenas de sustancia: «De vez en cuando propongamos a nuestros corazones estas dos preguntas: 1. “Corazón, ¿cómo estás?” — pocas palabras, pero una pregunta muy seria. Sabéis que esta es la primera pregunta y el primer saludo que nos hacemos unos a otros: ¿Cómo estáis? Quisiera Dios que a veces habláramos así a nuestros corazones: “Corazón, ¿cómo estás? ¿Qué tal te va en tu estado espiritual?” 2. “Corazón, ¿qué harás?” o, “Corazón, ¿qué piensas que será de ti y de mí?” — como dijo aquel romano moribundo: “Pobre, desdichada y miserable alma, ¿a dónde vamos tú y yo, y qué será de ti cuando tú y yo nos separemos?”».

Esto mismo propone Moisés a Israel, aunque en otros términos: «¡Oh, si ellos fueran sabios, que comprendieran esto, y consideraran su fin!» (Deuteronomio 32:29) — y ¡ojalá nos hiciéramos esta pregunta constantemente a nuestros corazones, para considerarla y debatirla!

«Comunicad con vuestro corazón» (Salmo 4:4), dijo David; es decir, debated el asunto entre vosotros y vuestros corazones hasta el extremo. Permitid que vuestros corazones sean tan apremiados al comunicar con ellos, que hablen desde lo más profundo. Comunicad — o mantened una comunicación seria y un claro entendimiento y conocimiento — con vuestros propios corazones.

«Fue la confesión de un teólogo, consciente de su negligencia, y especialmente de la dificultad de este deber: “He vivido”, dijo, “cuarenta años y algo más, y he llevado mi corazón en mi pecho todo este tiempo, y sin embargo mi corazón y yo somos tan grandes extraños, y estamos tan completamente desconocidos el uno del otro, como si nunca nos hubiéramos acercado. Es más, no conozco mi corazón; he olvidado mi corazón. ¡Ay! ¡Ay! ¡Cómo me duelo en lo más profundo del corazón de que mi pobre corazón y yo hayamos estado tan desconocidos el uno del otro! Hemos caído en una era ateniense, gastando nuestro tiempo en nada más que en contar u oír noticias.

¿Cómo van las cosas aquí? ¿Cómo allá? ¿Cómo en un lugar? ¿Cómo en otro? Pero, ¿quién hay que sea inquisitivo? ¿Cómo están las cosas con mi pobre corazón? Poned en la balanza de una consideración seria cuánto tiempo hemos pasado en este deber, y cuánto tiempo de otra manera; y por los muchos cientos y millares de horas o días que debemos a nuestros corazones en este deber, ¿podemos escribir cincuenta? ¿O donde debería haber habido cincuenta vasijas llenas de este deber, podemos encontrar veinte, o diez? ¡Oh, los días, meses y años que empleamos en el pecado, la vanidad y los asuntos de este mundo, mientras no concedemos ni un minuto a conversar con nuestros propios corazones acerca de su estado!».

Si hay algo en nuestras vidas que esté mal, pidamos a Dios que nos lo muestre. ¿Hemos sido egoístas? ¿Hemos estado más celosos de nuestra propia reputación que del honor de Dios? Elías pensaba que estaba muy celoso del honor de Dios; pero resultó que después de todo era su propio honor — el yo estaba realmente en el fondo de todo. Una de las cosas más tristes, creo, que Cristo tuvo que enfrentar en Sus discípulos fue precisamente esto: había una lucha constante entre ellos sobre quién sería el mayor, en lugar de que cada uno ocupara el lugar más humilde y fuera el menor en su propia estimación.

Se nos dice como prueba de esto que «llegó a Capernaum; y estando en casa, les preguntó: ¿Qué disputabais entre vosotros en el camino? Mas ellos callaron, porque en el camino habían disputado entre sí quién había de ser el mayor. Entonces Él se sentó, y llamó a los doce, y les dijo: Si alguno desea ser el primero, será el último de todos, y el servidor de todos. Y tomó a un niño, y lo puso en medio de ellos; y tomándolo en sus brazos, les dijo: El que reciba a uno de tales niños en Mi nombre, a Mí me recibe; y el que Me reciba a Mí, no Me recibe a Mí, sino al que Me envió» (Marcos 9:33-37).

Poco después «Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se acercaron a Él, diciendo: Maestro, queremos que nos hagas lo que pidiéremos. Y Él les dijo: ¿Qué queréis que haga por vosotros? Ellos le dijeron: Concédenos que en Tu gloria nos sentemos, el uno a Tu derecha, y el otro a Tu izquierda. Entonces Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que Yo bebo, y ser bautizados con

el bautismo con que Yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: Podemos. Y Jesús les dijo: A la verdad, del vaso que Yo bebo, beberéis, y con el bautismo con que Yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaros a Mi derecha y a Mi izquierda, no es Mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado. Y cuando lo oyeron los diez, comenzaron a enojarse contra Jacobo y Juan. Pero Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de los gentiles se enseñorean de ellos, y sus grandes ejercen autoridad sobre ellos. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor; y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque tampoco el Hijo del Hombre vino para ser servido, sino para servir, y para dar Su vida en rescate por muchos» (Marcos 10:35-45).

Estas últimas palabras fueron dichas en el tercer año de Su ministerio. Tres años habían estado los discípulos con Él; habían escuchado las palabras que salían de Sus labios; sin embargo, no habían logrado aprender esta lección de humildad. Lo más humillante que sucedió entre los doce escogidos ocurrió en la noche de la traición de nuestro Señor, cuando Judas Lo vendió y Pedro Lo negó. Si había algún lugar donde debería haber estado ausente esta clase de pensamientos, era en la mesa de la Cena del Señor. Sin embargo, hallamos que cuando Cristo instituyó aquel bendito memorial, había un debate entre Sus discípulos sobre quién sería el mayor. Pensad en eso — justo bajo la Cruz, cuando el Maestro estaba «muy triste, hasta la muerte»; ya estaba gustando la amargura del Calvario, y los horrores de aquella hora oscura se estaban acumulando sobre Su alma.

Creo que si Dios nos examina, hallaremos muchas cosas en nuestras vidas que confesar. Si somos probados y puestos a prueba por la ley de Dios, habrá muchísimas cosas que tendrán que cambiar. Pregunto de nuevo: ¿Somos egoístas o celosos? ¿Estamos dispuestos a oír que otros son usados por Dios más de lo que nosotros lo somos? ¿Están nuestros amigos metodistas dispuestos a oír de un gran avivamiento de la obra de Dios entre los bautistas? ¿Se regocijarían sus almas al oír que tales esfuerzos son bendecidos?

¿Están los bautistas dispuestos a oír de un avivamiento de la obra de Dios en las iglesias metodistas, congregacionales u otras? Si estamos llenos de sentimientos estrechos, partidistas y sectarios, habrá muchas cosas que dejar a un lado. Oremos a Dios para que nos examine y nos pruebe, y vea si hay en nosotros algún camino de maldad. Si estos hombres santos y buenos sintieron que eran culpables, ¿no deberíamos nosotros temblar y procurar descubrir si hay algo en nuestras vidas de lo que Dios querría que nos desprendiéramos?

Una vez más, permitidme llamar vuestra atención a la oración de David contenida en el Salmo cincuenta y uno. Un amigo mío me dijo hace algunos años que repetía esta oración como suya propia cada semana. Creo que sería bueno que ofreciéramos estas peticiones con frecuencia; que suban directamente desde nuestros corazones. Si hemos sido orgullosos, o irritables, o faltos de paciencia, ¿no deberíamos confesarlo de inmediato? ¿No es tiempo de que comencemos en casa y pongamos nuestras vidas en orden? ¡Ved cuán pronto los impíos comenzarán entonces a preguntar por el camino de la vida! Que aquellos de nosotros que somos padres pongamos nuestras propias casas en orden y seamos llenos del Espíritu de Cristo; entonces no pasará mucho tiempo antes de que nuestros hijos pregunten qué deben hacer para obtener el mismo Espíritu. Creo que hoy, por su tibieza y formalismo, la iglesia cristiana está haciendo más infieles que todos los libros que los infieles jamás hayan escrito. No temo a las conferencias de los infieles ni la mitad de lo que temo al formalismo frío y muerto en la iglesia profesante en el tiempo presente. Una reunión de oración como la que tuvieron los discípulos en el día de Pentecostés sacudiría a toda la fraternidad infiel.

Lo que necesitamos es asirnos de Dios en oración. No vais a alcanzar a las masas con grandes sermones. Necesitamos «mover el Brazo que mueve el mundo». Para hacerlo, debemos estar limpios y bien ante Dios. «Porque si nuestro corazón nos condena, mayor es Dios que nuestro corazón, y conoce todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos condena, confianza tenemos en Dios; y cualquier cosa que pidiéremos la recibiremos de Él, porque guardamos

Sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de Él» (1 Juan 3:20-22).

### **Confesión**

*«No, no desesperadamente  
Vengo a Ti;  
No, no con desconfianza  
Doblo la rodilla;  
El pecado me ha cubierto,  
Pero este es aún mi ruego:  
Jesús ha muerto.»*

*«¡Ah, mi iniquidad  
carmesí ha sido;  
infinita, infinita,  
pecado sobre pecado;  
pecado de no amarte,  
pecado de no confiar en ti.  
Pecado infinito.*

*»Señor, te confieso tristemente mi pecado;  
todo lo que soy,  
te lo digo,  
todo lo que he sido.  
Purga tú mi pecado,  
lava tú mi alma este día;  
¡Señor, hazme limpio!»  
— Dr. H. Bonar.*